

**DUNGEONS
& DRAGONS**
REINOS OLVIDADOS®

**GENERACIONES
VOLUMEN I**

INTEMPORAL



R. A. SALVATORE

minotauro



INTEMPORAL

GENERACIONES I

R. A. SALVATORE

minotauro

© 2018 Wizards of the Coast LLC.
© 2025 Wizards of the Coast LLC. All Rights Reserved. Licensed by Hasbro.
Originally published as *Timeless. Generations, Book I.*

Wizards of the Coast, Dungeons & Dragons, D&D, their respective logos, The Forgotten Realms, The Legend of Drizzt, and the dragon ampersand are registered trademarks of Wizards of the Coast LLC in the U.S.A. and other countries.

All characters in this book are fictitious. Any resemblance to actual persons, living or dead, is purely coincidental. All Wizards of the Coast characters, character names, and the distinctive likenesses thereof, and all other Wizards trademarks are property of Wizards of the Coast LLC.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Patricia Nunes, 2024
Rediseño de cubierta: dtm+tagstudy
Ilustración de cubierta: Aleski Briclot
Revisado por: dtm+tagstudy

ISBN: 978-84-450-1469-1
Depósito legal: B. 1.214-2025
Printed in EU / Impreso en UE.

US, Canada,
Asia, Pacific & Latin America:
Wizards of the Coast, Inc. Way
P.O. Box 707
Renton, WA 98057-0707
+1-800-324-6496



European Headquarters:
Hasbro UK Ltd Newport,
Gwent NP9 0YH GREAT
BRITAIN

Visit our web site at www.wizards.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

En la Infraoscuridad no puedes ver las telarañas. Las notas, demasiado tarde, cosquilleándote y engañándote, y quizá grites de miedo o de asco antes de morir.

Pero no las verás.

Ni las de las arañas ni las de las otras criaturas que tienden trampas a los tontos descarriados que se han aventurado por donde no debían.

Y pocos lo hacen. Pocos son los que pertenecen a la Infraoscuridad, pero los que viven aquí consideran la oscuridad como una aliada para sus propias traiciones.

Aquí los enanos duergar cortan y roen la piedra, manejando los picos con la fuerza del odio. Siempre gruñendo y maldiciendo, cualquier chispa causada por el metal sobre la piedra muestra rostros entrecanos con un ceño perpetuo y amenazador.

Aquí los monstruosos pescadores de las cavernas lanzan sus largas hebras, preparados para agarrar a cualquier visitante incauto y arrastrarlo, mientras este se sacude triste e inútilmente barranco arriba hacia unas fauces expectantes.

Aquí las enormes moles sombrías excavan, a través de la piedra, a través de la carne; no les importa.

Aquí las setas gigantes se reúnen y planean la catástrofe.

Aquí las sombras vivas y sentientes se alzan y vuelan, con los fríos dedos dispuestos a estrangular a cualquier cosa que posea el calor de la vida.

Aquí los acechadores se hacen pasar por el suelo. Aquí los perforadores cuelgan entre las estalactitas. Cualquiera que se tope con uno de ellos pensará que la propia Infraoscuridad se ha alzado para devorarlo.

Y, en muchos sentidos, no se equivoca.

Y luego, como tantos otros antes que él, morirá y será tragado por la sombra.

Porque eso es la Infraoscuridad, un lugar donde las sombras se apiñan demasiado para ser llamadas sombras; donde la luz señala al portador más de lo que señala el camino que hay ante él; donde cualquier territorio de caza está limitado por otro territorio de caza; donde el afortunado es aquel que puede simplemente elegir su modo de morir, puede clavarse su propia espada en el corazón antes de que los tentáculos de una bestia desplazadora se lo lleven, o antes de que la araña, muy lentamente, haya acabado de chuparle todos los jugos vitales, metido en un capullo sin escape posible.

Aquí a menudo rondan los demonios, insaciablemente furiosos, señores del asesinato.

Aquí los gases silenciosos, inodoros e invisibles de tómulos distantes, conceden el sueño eterno; o forman, a partir de un destello del pedernal contra el acero, una bola de fuego capaz de avergonzar al archimago de Menzoberranzan.

Aquí se encuentra el tenebroso latido del agua distante que gotea, un único sonido que baila de piedra en piedra, amplificado por la profunda quietud.

Aquí repican los huesos de los muertos sin redención, puestos en movimiento por la siniestra magia de ese lugar oscuro, alzados de la muerte para arañar y morder.

Pues eso es la Infraoscuridad, y aquí se halla Menzoberranzan, la Ciudad de las Arañas, la de aquellos que veneran a la diosa demonio que se hace llamar la Reina de las Arañas.

Solo un loco acudiría sin ser invitado.

Solo un loco acudiría habiendo sido invitado.

Porque aquí están los drow, los elfos oscuros; los señores de la magia, divina y arcana; los señores de las armas afiladas por los crueles encanta-

mientos de la Faerzress, la frontera mágica que da vida a la Infraoscuridad y que la conecta, tan adecuadamente, con las tierras de los demonios y los diablos.

Sí, aquí están los drow, y dejarán de matarse entre ellos solo el tiempo suficiente para matarte a ti.

«—¿Qué debo llevar, padre? —preguntó el joven, a punto de partir hacia una aventura en la Infraoscuridad, en una fábula conocida en todo Faerûn.

—Dos monedas.

—¿Oro de Aguas Profundas? ¿Plata de Cormyr?

—No importa —contestó el padre.

—¿Cuánta comida debo llevar?

—No importa. Dos monedas.

—Agua, sin duda, padre. ¿Cuánta debo cargar?

—No importa. Dos monedas.

—¿Compraré todo lo que necesito con dos monedas? Entonces, ¿qué arma es mejor? ¿Una espada? ¿Un arco?

—Dos monedas. Solo dos monedas.

—¿Para comprar todo lo que necesito? —preguntó el hijo, confuso.

—No —respondió el padre—. Para cubrirte los ojos cuando estés muerto. Nada que lleves evitará eso.»

Esto es la Infraoscuridad, la tierra de los asesinos.

La tierra de los drow.

—DRIZZT DO'URDEN

LA TELARAÑA DE LA MATRONA

HACE 470 AÑOS, EL AÑO DE LA FURIA DEL DRAGÓN,
COMPUTO DEL VALLE, 1018

—Cien años —le dijo el patrón Rizzen a la Matrona Malicia Do’Urden, estando ambos en una pequeña cámara que actuaba como salón del trono en la casa menor de Daermon N’a’shezbaernon, conocida más vulgarmente como la Casa Do’Urden. A pesar de sus limitaciones, porque la mayoría de ese tipo de salones solían ser mucho más grandes en las casas de Menzoberranzan, Malicia había hecho un estupendo trabajo para rediseñar el lugar, decorarlo y convertirlo en un auténtico tributo a Lloth, la Reina Araña. El trono, situado sobre un estrado elevado, estaba tapizado en seda negra, con un blasón de arañas rojas. Detrás colgaban grandes cortinas de un pesado material negro, constantemente agitadas por un viento mágico que las hacía brillar y parecer vivas.

Pegadas a ellas había telarañas, claro, auténticas telarañas llenas de verdaderas arañas, más grandes que el puño de un drow, todas ellas venenosas, y todas entrenadas, por medio de una variedad de conjuros mágicos, para no molestar a Malicia.

Dos estatuas de jade, situadas una a cada lado del trono, eran el orgullo de la Casa Do’Urden. Muchas otras casas drow mantenían arañas de jade animadas, pero Malicia había llevado esa práctica habitual un poco más allá al dar un atrevido paso con el que se había arriesgado a enfurecer a la Reina Araña. Las estatuas de jade de esa

casa menor de Menzoberranzan estaban animadas como drañas, mitad drow y mitad araña. Tan solo era una diferencia cosmética propia de los golems normales de Menzoberranzan, pero la disposición de la Matrona Malicia a hacer tal cosa mostraba una gran audacia, y el favor de Lloth seguía cayendo sobre ella.

El pequeño rostro de Malicia se tensó al mirar a Rizzen, su consorte, aunque no quedaba claro si su disgusto estaba dirigido a lo que acababa de decir o a él en concreto.

—Pocas matronas han servido durante un siglo entero —añadió el varón, a menudo despidado—. Este es un gran día. Un gran día para ti y un gran día para la Casa Do'Urden.

—Casa Do'Urden —repitió Malicia con un bufido de desprecio. Ese día se cumplían justo cien años desde que se había hecho con el control, desde el día en que había nacido su primera hija, Briza, del día en que su madre y matrona, Vartha Do'Urden, había muerto. Malicia Do'Urden se había imaginado grandes cosas en aquel día lejano. Sabía que había contado con el favor de Lloth, porque había dado a luz a una niña, y el conjuro mágico de envenenamiento que había llevado a cabo durante el parto había funcionado perfectamente. Nunca había oído ni una sola palabra de sospecha sobre la muerte de la Matrona Vartha Do'Urden.

Por lo tanto, se había hecho con el control total de la casa, y, aunque era una casa menor, tenía un gran potencial y, sobre todo, un complejo sólido y defendible en la sección de la Pared Oeste de Menzoberranzan. Porque la Casa Do'Urden se había construido justo en la impenetrable pared occidental de la gran caverna, lo que reducía sus puntos críticos de defensa de una manera considerable. Y Malicia había tenido a su hija, ahora una suma sacerdotisa de un tamaño y fuerza formidables.

Porque el ascenso desde la oscuridad, en Menzoberranzan, no era una tarea fácil, y a la Matrona Malicia nunca se la habría considerado una mujer paciente. Sí, la Casa Do'Urden había escalado muchos puestos en la jerarquía de la ciudad, pero eso se debía, sobre todo, a las guerras entre las casas superiores, que habían diezmado los rangos por

encima de ella, o a que otras habían desaparecido por falta de nobles, o a que habían sido absorbidas por las casas regentes mayores. Malicia lo sabía bien: hasta el momento, la mejor arma de la Casa Do'Urden en su ascensión había sido justamente su poca visibilidad.

No había sido lo suficientemente importante para que ninguna de las grandes casas se preocupara por ella.

Sin embargo, mientras se acercaban a las doce casas principales, eso estaba cambiando sutilmente. Con poca visibilidad, el clan Do'Urden no podía ir mucho más lejos. Pero estaban escasos de nobles, algo que podía llegar a ser peligroso, porque Malicia había perdido dos hermanas y un hermano en las últimas tres décadas. Tampoco tenían ningún mago de grandes dotes del que poder preciarse, y su maestro de armas, el hermano mayor de Malicia, Dreverser, no había participado en una pelea decente en más de medio siglo.

La sangre noble no se había reemplazado; sin embargo, la Casa Do'Urden se hallaba lo bastante cerca de tener la importancia suficiente para atraer la atención de las otras casas, aunque era justo cuando estaban menos preparados para hacer algo al respecto.

—Cuando pienso en de dónde venimos... —comentó Rizzen mientras dejaba escapar un gran suspiro—. Y todo esto es gracias a las telarañas de la Matrona Malicia. Tu callada alianza con dos de las grandes casas, una unión que hemos alcanzado únicamente gracias a tu carismático...

—Calla —le soltó la matrona; lo decía en serio, y no solo porque estuviera cansada de su voz. Todo lo que Rizzen estaba diciendo era cierto, porque Malicia estaba en buenas relaciones con dos de las matronas más poderosas de Menzoberranzan. Pero esas se odiaban entre ellas, y, por tanto, era mejor dejar esas dos telarañas a oscuras.

Se abrió la puerta de la sala y el único hijo de Malicia, Nalfein, entró. Era un drow atractivo, pequeño como Malicia, y solo unos años menor que Briza. Pero a diferencia de su hermana, Nalfein era mediocre en todos los aspectos. Aunque no había destacado en Melee-Magthere, la academia drow de guerreros, Nalfein tendría que haber exigido un

combate abierto para reclamar su lugar como maestro de armas de la Casa Do'Urden, pero nunca se había visto con ánimos de hacerlo, seguramente porque no creía poder vencer. Malicia no quería darle sin más ese título tan importante, ya que se temía que cualquier notoriedad colocara a su hijo en la posición de tener que defenderse contra posibles rivales.

Y no había muchos a los que Nalfein pudiera derrotar.

Malicia miró al hombre que se acercaba a Rizzen, sin reprimir su ceño fruncido. Nalfein era hijo de Rizzen, y este mantenía que Briza también era su hija, pero solo porque se le había indicado que así lo dijera, porque él sabía la verdad de la concepción de la niña, en la que no había participado. Sí que le había dado a Malicia su mediocre hijo Nalfein, solo otra característica decepcionante dentro de una larga lista. En ese momento, mientras lo miraba, a Malicia se le ocurrió pensar, y no por primera vez, que quizá ya hacía tiempo que debería haberlo sacrificado a la Reina de las Arañas.

Pero Malicia simplemente suspiró mientras se volvía hacia Nalfein. Rizzen era muy leal, nunca la cuestionaba y siempre se le caía la baba ante sus decisiones. Resultaba un amante adecuado, supuso, y tampoco era que sus amoríos fueran exclusivamente con él. Aunque la Matrona Malicia no quería admitirlo, porque prefería la excusa fácil y culpar a Rizzen, teniendo en cuenta el número de sus amantes, no haber concebido más hijos en los últimos noventa y cinco años, sin duda, sería más por ella que por él.

—Ha dejado el complejo —informó Nalfein a su matrona.

—¿Se ha ido sola?

—Sobre un disco Xorlarrin. No quería molestarse en caminar.

—¿Le has dicho la respuesta?

Nalfein asintió.

—Ha inquirido cuál es la pregunta —añadió.

—Eso no es asunto de ella —replicó Malicia—. Todo lo que necesitaba saber era la respuesta.

Malicia sintió sobre ella las curiosas miradas de los dos varones,

pero no le importó. La Casa Do'Urden llevaba demasiado tiempo estancada. Los días de esconderse mientras las casas que se hallaban por encima de ella se destruían las unas a las otras habían llegado a su fin. Era hora de que se plantara y reforzara su casa para hacerla merecedora de su posición actual; de hacer saber a las ambiciosas casas por detrás de la suya que no podían luchar contra ella, y de hacer saber a las que estaban por encima que atacar a Do'Urden las heriría demasiado como para que el ataque valiera la pena.

Lloth le había mostrado una oportunidad. No la desaprovecharía.

La suma sacerdotisa Briza Do'Urden se removía incómoda sobre el disco flotante mientras este planeaba sobre las retorcidas avenidas de Menzoberranzan. Cada estalagmita de la gran caverna había sido trabajada y ahuecada para servir como torre puntal de una casa drow. Escaleras curvadas y balcones cubrían la longitud de esas estructuras naturales, remarcadas con brillantes e inofensivos fuegos feéricos de varias tonalidades, desde el púrpura al rojo, y todos los colores intermedios.

Acercarse a las casas consolidadas ponía nerviosa a Briza; estaba sobre un disco mágico que portaba la identificación de la Casa Xorlarrin y, por tanto, el salvoconducto de la Matrona Zeerith, de la cuarta casa en la jerarquía de la ciudad, con una estrecha alianza con la Casa Baenre, la dirigente incuestionable de Menzoberranzan. Las casas consolidadas de Menzoberranzan no importunarían a Briza mientras esta se hallara sobre ese disco, sin duda. Pero la ciudad también estaba llena de pícaros impredecibles y su camino hacia las regiones altas de la caverna, que albergaban las casas más importantes, la llevaría cerca del Baenryn, las Calleshediondas, donde oportunistas con poco que perder se agrupaban en bandas.

Se recordó que era una suma sacerdotisa de Lloth, un título no menor, así que, en vez de inquietarse, invocó a la diosa y se cubrió de protecciones y salvaguardas.

No las necesitó. Mientras planeaba sobre la rampa de la Qu'ellarz'orl, esa área en alto de la caverna, Briza se fue despojando de sus miedos a ser asaltada, pero tensó el rostro porque sabía que la juzgarían. Ante ella se hallaban las grandes casas de la ciudad, incluyendo a la mayoría de las ocho cuyas matronas se sentaban en el consejo regente. Sin duda, todas tomarían nota de su paso, y la relación entre la Casa Do'Urden y la Casa Xorlarrin dejaría de ser un secreto, si alguna vez lo había llegado a ser.

Por eso, le había sorprendido enterarse de que la Matrona Zeerith Xorlarrin le había enviado un disco para que la condujera a su reunión. Pero Zeerith solo quería presumir; no porque la Casa Do'Urden tuviera alguna importancia para las casas regentes, sino por los rumores resurgidos al celebrar Malicia sus cien años de matrona de que su casa había tenido tratos muy oscuros con la principal adversaria de la Casa Xorlarrin, una de bajo rango, pero con una formidable reputación: la Casa Barrison Del'Armgo. La Matrona Zeerith sin duda pretendía que la Matrona Soulez Armgo viera a Briza flotando por la rampa hacia el Qu'ellarz'orl.

Esto significaba que Briza no era más que un peón en el gran juego entre las casas, lo que le caía como un peso sobre sus fuertes hombros mientras pasaba ante el impresionante complejo de Barrison Del'Armgo, una residencia demasiado grande y fortificada para una casa de su rango, sin duda. Esa familia estaba muy abajo en la jerarquía, mucho más incluso que la Casa Do'Urden, pero a Briza no se le escapaba que, si esta le hacía la guerra a la Casa Barrison Del'Armgo, el resultado sería la derrota, rápida y catastrófica, de su casa.

Al otro lado de la celosía que vallaba el complejo Del'Armgo, diseñada como si fuera una red de intrincadas telarañas, los soldados Del'Armgo marchaban en estrecha formación con una perfecta cadencia. Siempre se encontraban marchando, practicando ejercicios, entrenando, y ninguna casa, ni siquiera dos casas juntas, podían presumir de un mayor contingente de guerreros varones. Y, para rematarlo, a estos los dirigía un joven maestro de armas llamado

Uthegentel, quien se estaba convirtiendo de forma vertiginosa en una leyenda en la ciudad.

Muchos ojos se volvieron para contemplar el paso de Briza.

Esta permaneció con la vista al frente, fingiendo que no lo notaba o que no le importaba; aunque luego, muy poco después, sí que dejó de importarle, porque el disco subió la rampa hacia la sección noble y pronto torció una esquina, lo que la colocó ante la cuarta casa de la ciudad.

De todas las familias drow, ninguna dominaba mejor la magia arcana que la Casa Xorlarrin. Aunque no era corriente en su especie, la Matrona Zeerith concedía a sus varones una gran libertad y un buen estatus social. Casi todos, incluso los que no podían asegurar ser de sangre noble, asistían a Sorcere, la academia de las artes arcanas. La Matrona Zeerith había puesto a esos magos a trabajar para decorar los muros curvos de su complejo, que estaban pintados en una ola de colores de fuego feérico constantemente cambiante, una fascinante danza que sucedía a través del espectro de la luz visible.

Almenas flotaban sobre lo alto de los muros, y elegantes escaleras curvadas se enrollaban por las estalagmitas y estalactitas del interior del complejo, atravesando grandes extensiones de espacio vacío para conectar las múltiples estructuras.

En el centro se hallaba una torre gigantesca y singular, que de algún modo parecía más alta que el propio techo que sellaba la gran caverna. Trucos mágicos similares engrandecían de forma exagerada los muros, que parecían extenderse por cientos y cientos de metros. Todo parecía ser a una escala que contrastaba con la posición de la casa..., y esa era exactamente la cuestión.

Briza se esforzó por calmarse mientras el disco flotaba justo delante de la gran puerta central de la Casa Xorlarrin, que se abrió para permitirle la entrada. Pegó un bote de sorpresa cuando comenzó a flotar entre sus hojas y se dio cuenta de que estaban ancladas, no a un poste de metal tallado, como había pensado, sino a un pequeño golem de hierro.

Briza se detuvo allí, disfrutando de la vista, y se dio cuenta de lo irónico que resultaba la despiadada rivalidad entre las matronas Zeerith y Soulez, porque de entre todas las casas de Menzoberranzan, esas dos eran las que más se apoyaban en los simples varones: Zeerith, en sus magos; Soulez, en sus guerreros.

Después de un suspiro exasperado, Briza condujo su disco hacia la gran escalera que subía hasta la puerta decorada de la gran torre central. Allí, la parte trasera del disco se alzó y la hizo caer de pie, sin ceremonias. Cometió el gran error de apoyarse en él mientras trataba de recuperar el equilibrio, porque el disco desapareció, lo que hizo que la pobre Briza se tambaleara y estuviera a punto de caer al suelo.

Ella y su dignidad consiguieron estabilizarse, sabiendo que tenía muchos ojos encima y que, en esa casa en concreto, muchos de los que pudieran atreverse a reírse de ella serían varones.

Eso la hizo enfadar, pero rápidamente se recompuso y controló su expresión. Fue hacia la puerta, que se abrió antes de que ella llegara. Allí había un varón en una gran túnica púrpura, salpicada con dibujos de arañas y explosiones estelares. Su curioso corte de pelo, largo y colgante por delante de los hombros, pero corto en la nuca, daba cuenta de que se trataba de Horrodissomoth, el mago principal de los Xorlarrin y antiguo maestro de Sorcere, quien había estado a punto de superar al gran Gromph Baenre en la competición por el cargo de archimago de la ciudad.

—Bienvenida, sacerdotisa Do'Urden —la saludó con una profunda reverencia—. Ven conmigo; se te espera, naturalmente.

—Naturalmente —repuso ella, con un tono con el que pretendía recordarle que, a pesar de todos sus méritos, él era un simple varón y ella una suma sacerdotisa de Lloth. Él tenía, al menos, doscientos años más que ella, pero, aun así, en Menzoberranzan, había hecho bien en inclinarse ante ella.

La fornida sacerdotisa Do'Urden enderezó sus amplios hombros y apretó la barbilla mientras caminaba junto a Horrodissomoth hacia el elegante salón del trono de la Casa Xorlarrin.

—Mi gran matrona —dijo él cuando por fin llegaron al pasillo situado ante el trono, otro disco flotante, pero con unos reposabrazos adornados y un respaldo alto cubierto de runas que iban pasando mágicamente, escribiendo plegarias a lady Lloth. Si centraba su atención en ellas, a Briza le parecía oír las palabras, susurradas con magia.

—Gran Matrona Xorlarrin —dijo también Briza, y le concedió una pequeña inclinación.

—Se me ha recordado que hoy es tu cumpleaños, sacerdotisa Briza —repuso la Matrona Zeerith—. Y así es, sin duda, porque recuerdo aquel día, hace cien años, cuando tu abuela se puso enferma de forma repentina y murió.

Había más que un poco de siniestra sospecha en sus palabras; Briza lo notó, y la pilló desprevenida, porque ¿cómo algo que tal vez había ocurrido cien años atrás podía tener nada que ver con el acuerdo que se estaba consumando ese día?

Sin mayor explicación, Zeerith siguió hablando.

—¿Has traído la alteración del conjuro de la araña de jade? —añadió con acritud—. Esperaba que fuera tu matrona quien me la entregara personalmente.

—La... tengo —tartamudeó Briza, dejando a un lado el desplante—. Y la pomada que pediste. No hay mejor alquimista...

—No hables de las habilidades de tu matrona en este lugar —le cortó la Matrona Zeerith—. Nosotros, en la Casa Xorlarrin, no carecemos de los mejores instrumentos y practicantes de la alquimia de toda la ciudad. Simplemente, hay muchas pociones y pomadas demasiado mundanas para que les prestemos atención. Mejor es intercambiar, sobre todo si este intercambio es tan unilateral que deja en deuda a la otra casa.

Briza, orgullosa y enfadada, hizo bien en contener su réplica.

La Matrona Zeerith hizo un gesto a una de las sacerdotisas que estaba a su lado; Briza supuso que sería su hija, la suma sacerdotisa Kiri. La mujer se adelantó rápidamente para coger el tubo de pergamino y el tarro de pomada.

—¿La Casa Tr'arach marchará pronto? —preguntó Briza.

—No sé de qué me hablas.

Briza clavó una dura mirada en la Matrona Zeerith, quien le respondió del mismo modo. A veces, las casas drow se hacían la guerra las unas a las otras y, a veces, otras sabían que se aproximaba una batalla. Pero no hablaban de ello, nunca, como le recordó la fría mirada de Zeerith.

—¿Cuándo será compensada la Casa Do'Urden por nuestros esfuerzos? —probó Briza de otra manera.

—Cuando el pago esté seguro —respondió Zeerith—. No te aconsejo dudar de la Casa Xorlarrin.

—No dudo.

—Bien, entonces, concluye el pago —repuso Zeerith.

Briza la miró con curiosidad, porque Kiriya ya había cogido ambos objetos.

—¿Cuál es mi respuesta? —clarificó la Matrona Zeerith.

Briza recordó la extraña conversación que había mantenido con su hermano Nalfein, justo antes de subirse al disco Xorlarrin. Él le había dado una palabra, una única palabra, para la Matrona Zeerith, aunque ella no tenía ni idea de por qué.

—¿Niña? —le insistió Zeerith al ver que Briza vacilaba demasiado tiempo.

—Sí —dijo Briza—. La respuesta es sí.

Zeerith Xorlarrin rio y bufó.

—¡Ah, siempre ha sido tan evidente! —dijo—. Tu madre, querida niña, es toda una tentación.

Una tentación.

Ese calificativo molestó a Briza, sobre todo porque sabía que era cierto. La Matrona Malicia era, sin duda, una tentación para cualquiera que pudiera ser tentado. Su apetito sexual y sus proezas se habían convertido en objeto de habladurías en todo Menzoberranzan. Y Briza no había resuelto aún si Malicia empleaba el sexo para conseguir confidencias y ventajas o si, simplemente, era insaciable.

Con nobles, plebeyos, hombres, mujeres, e incluso con drañas, se decía en esos rumores; no importaba. Muchos de esos susurros iban acompañados de risitas, claro, y más de unos cuantos, de desprecio y del juicio de que Malicia estaba actuando con menos dignidad que la que su posición requería.

Quizá fuera cierto, pensaba Briza a menudo, pero lo que parecía serlo incluso más era que su madre continuamente hacía avanzar a la Casa Do'Urden. En la Ciudad de las Arañas, en la religión de Lloth, poco importaba más y, sin duda, nada era tan banal como los placeres carnales.

—Sí —continuó la Matrona Zeerith, pensándose y riendo un poco, antes de volver a clavar los ojos en Briza—. Ni siquiera sabes lo que significa tu respuesta, ¿verdad?

Briza pasó un buen rato devolviéndole la mirada antes de negar con la cabeza.

—Me refiero a las implicaciones que tiene para ti —aclaró Zeerith.

—Quizá si me dijeras la pregunta —replicó Briza, pero Zeerith ya se reía a carcajadas antes incluso de que Briza hubiera acabado su petición.

—Vete, niña, vete —dijo la Matrona Zeerith, despidiendo a Briza con un gesto de la mano—. Dile a tu Matrona Malicia que la Casa Xorlarrin le entregará su premio cuando esté seguro.

Briza siguió mirando fijamente a la jefa Xorlarrin mientras andaba hacia atrás, alejándose del trono. Cerca de la entrada de la sala la recogieron un par de jóvenes magos, que la escoltaron a la salida y le informaron por el camino de que no había ningún disco que la fuera a devolver a su casa.

Mientras la puerta del complejo Xorlarrin se cerraba a sus espaldas, Briza pensaba que quizá no debería haber ido allí sola.

—Claro que la respuesta es sí —dijo la Matrona Zeerith a Kiri y a Horrodissomoth en el salón del trono—. El parecido es inconfundi-

ble, ¡igual que su tamaño! ¡Me sorprende que esa criatura ogruna no partiera en dos a la pequeña Malicia al nacer!

Horrodissomoth, que también era el padre de Kiri, rio con ganas.

—¿Te has acostado con ella alguna vez? —le preguntó de repente la Matrona Zeerith, ya sin hilaridad. Él carraspeó varias veces para aclararse la garganta antes de responder.

—No, claro que no.

—Creía que tendrías curiosidad —dijo Zeerith, decepcionada—. Yo la tengo. Esa Malicia se ha ganado toda una reputación.

—Bueno... —se atrevió a decir Horrodissomoth.

—¡Lo has hecho! —le acusó la Matrona Zeerith, pero su risa era mayor que cualquier señal de celos o furia.

—¿De qué va esto? —interrumpió la suma sacerdotisa Kiri, frustrada. Cuando ambos se volvieron hacia ella con incredulidad, ella preguntó tímidamente—. ¿De qué estáis hablando?

—La respuesta ha sido sí —explicó Zeerith.

—¿A qué?

—El patrón Rizen Do'Urden afirma ser el padre de la sacerdotisa Briza, pero cualquiera que los conozca a los dos, y haya visto también lo pequeña que es Malicia, dudaría de esa afirmación.

—Entonces, ¿qué se supone que significa esa respuesta?

—Que el padre de Briza es ese tosco guerrero, Uthegentel, de la Casa Barrison Del'Armgo —respondió Horrodissomoth, después de que la Matrona Zeerith se lo permitiera con un asentimiento.

Eso dejó a Kiri con la boca abierta. Aunque de una casa menor, Uthegentel Armgo era considerado por muchos el maestro de armas más formidable de toda la ciudad; un drow gigantesco, del que se sabía que luchaba con un terrible tridente. Sin duda, muchos habían sido alzados al aire por él, ensartados en sus dientes asesinos y exhibidos como un trofeo.

—Y no fue ningún accidente —añadió la Matrona Zeerith, con una voz que de repente se había vuelto seria—. Se trató de parte de un intercambio.

—Por magia negra —dijo el mago—. Magia del parto, que no debería existir.

Kiriy lo miró sin entender.

—El empleo del poder de la creación, del acto de dar a luz, como un medio hacia una destrucción mayor —explicó Horrodissomoth—. Es una antigua técnica de gran poder, pero ha sido vetada y no está aceptada por el consejo regente.

—Pero ¿ese poder no sería dado por Lloth? —insistió la confusa mujer.

—No debería existir —fue todo lo que le contestó Horrodissomoth, y con gran frialdad.

—La Matrona Vartha Do'Urden estaría de acuerdo contigo —afirmó la Matrona Zeerith—. Pero si nuestras sospechas son correctas, entonces, debemos extremar la vigilancia cuando la Matrona Soulez Armgo o cualquiera de sus despreciables hijas esté preñada. Sobre todo, esa odiosa criatura Mez'Barris.

—¿Crees que han descubierto el secreto de la magia del parto? —preguntó Horrodissomoth.

—Le dieron a Malicia algo a cambio de permitir que Uthegentel se infiltrara en su casa como progenitor. La oportuna muerte de la Matrona Vartha es demasiado perfecta para tratarse de una simple coincidencia.

—¿Demasiado perfecta? —repitió Kiriy, tratando de seguir el hilo—. ¿Estás diciendo que la Matrona Malicia permitió que Uthegentel Armgo la dejara embarazada a cambio de una magia negra que le permitiera librarse de su madre?

—Eso parece —contestó Zeerith.

—Nunca he oído hablar de esa magia del parto —dijo Kiriy.

—Tomar el poder de la creación e invertirlo en destrucción —explicó Horrodissomoth—. Es demoniaco y oscuro.

—También lo es Lloth —le recordó Kiriy, y el mago solo pudo encogerse de hombros.

—Quizá la magia del parto sea dada por Lloth, o quizá no —res-

pondió la Matrona Zeerith—. Pero es un secreto que muy pocos han descubierto, y uno de un gran poder, al parecer. La Matrona Vartha Do'Urden no era una sacerdotisa cualquiera. Se marchitó y murió en cuestión de horas. Y seguro que la Casa Barrison Del'Armgo está encantada con el ascenso de la Casa Do'Urden. Ahora tiene algo con lo que presionar a la Matrona Malicia, y seguramente absorberán su masa, si eso los beneficia.

—¿Absorber? —preguntó Kiriya, con escepticismo—. ¡La Casa Do'Urden es la casa mayor! ¿Por qué estamos hablando siquiera de esa familia Barrison Del'Armgo? Más de la mitad de las casas de Menzoberranzan están mejor consideradas y tienen un mayor rango.

Tanto Horrodissomoth como la Matrona Zeerith se rieron al oír eso.

—A no ser que tengas una muerte inesperada, lo irás viendo con más claridad a medida que pase el tiempo, mi niña —predijo la Matrona Zeerith—. La Matrona Soulez o su hija no tardarán en sentarse en el consejo regente. Ojalá la Matrona Baenre pudiera verlo y se librara ahora de los conflictivos Armgo, antes de que se hagan tan fuertes que resulte difícil erradicarlos.

—La Matrona Soulez tienen el gran favor de Lloth —les recordó Horrodissomoth.

—Entonces, quizá la Reina Araña no vea con malos ojos esa magia del parto —sugirió Kiriya, y el rostro de su madre se lo dejó claro. Mientras seguía pensando en ello, la joven suma sacerdotisa comenzó a visualizar lo que veía su matrona: que la única razón de que tantas matronas consideraran profana la magia del parto era porque ellas no habían descubierto cómo emplearla. O lo más probable era que, al ser tan poderosa, fuera una amenaza real para las matronas, como al parecer había aprendido Vartha Do'Urden.

—¿Y ahora la Matrona Malicia viene a nosotros para que le ayudemos a asegurarse su preciado tesoro? —preguntó Horrodissomoth, meneando la cabeza con una expresión de desagrado en el rostro y con intención de cambiar de tema.

—Porque la Matrona Soulez Armgo aún no puede proyectar su

poder para ayudar a Malicia en su búsqueda. Peor aún, Soulez Armgo se quedaría el tesoro para sí misma. O se lo daría a comer a Uthegentel para mantener satisfecho a ese bruto vanidoso.

Horrodissomoth se encogió de hombros, al parecer no muy convencido.

—He oído que ese podría derrotar a Uthegentel. Tanto él como Dantrag Baenre han sido testigos del progreso del joven guerrero desde lejos. Y, en todos los sentidos, es extraordinario.

—Ese será el problema de la Matrona Malicia, no el mío.

—Pero al ayudar a la Matrona Malicia, ¿no estaremos ayudando también a la Matrona Soulez? —preguntó una Kiriya aún confusa.

—Es una buena pregunta —dijo Zeerith a su hija—. Pero creo que no. La adquisición de Malicia enfurecerá a Uthegentel, ese estúpido medio ogro, que no soporta que lo comparen con él... Pero intrigará al hijo favorito de la Matrona Baenre. En breve, los ojos de la Casa Baenre estarán sobre la Casa Do'Urden y, por tanto, cualquier ventaja que la Matrona Soulez pudiera tener sobre la Matrona Malicia no la podrá hacer servir sin alertar a la Casa Baenre. La Casa Barrison Del'Armgo no se arriesgará a eso.

—Debemos cuidarnos de no subestimar a la Matrona Malicia Do'Urden —indicó Horrodissomoth—. Ella sabe que ahora es vulnerable, con su casa debilitada y ese ascenso, que aún no ha iniciado, hacia donde ya pueda oír los ecos del consejo regente. En un solo movimiento, se protegerá de esas casas menores que se planteen derrotarla, porque, si eso es todo lo que su reputación dice, estas verán que el coste sería demasiado alto; y también acabará con cualquier plan de Barrison Del'Armgo de absorberla.

—Y gana un acuerdo con la rival más odiada de la Matrona Soulez —añadió Kiriya, y la Matrona Zeerith asintió, reconociendo la perspicacia de su hija.

Muchas matronas tenían rivales y enemigas entre sus iguales, pero no había dos que se odiaran más que Zeerith y Soulez. Pocos lo hubieran supuesto, porque la distancia relativa entre sus rangos

las convertía en enemigas aparentemente muy dispares. Pero Zeerith sabía la verdad y comprendía también que Soulez estaba ganando poder exactamente como lo había hecho ella: colocando a hombres drow en posiciones prominentes. Sí, la Casa Barrison Del'Armgo ascendería deprisa, y, mientras otros miraran anonadados, Zeerith no se sorprendería cuando la predicción que antes había hecho a Kiriya se convirtiera en realidad: la Matrona Soulez, o, con más seguridad, su hija, tomaría su puesto en el consejo regente.

No era del todo imposible, pensaba Zeerith, que Mez'Barris Armgo se convirtiera algún día en la matrona de Menzoberranzan y desplazara a la gran Baenre.

Pero la advertencia de Horrodissomoth no era baladí, porque la Matrona Malicia Do'Urden, también de una casa sin mucha importancia, ya había conseguido tejer unos acuerdos impresionantes tanto con Xorlarrin como con Barrison Del'Armgo.

Y ese acuerdo incluiría otra fuerza a la sombra, una que ganaba potencia bajo el tutelaje de la Casa Baenre, y una con la que ninguna casa de Menzoberranzan deseaba enemistarse.

—Entrega el oro y los guerreros plebeyos acordados a Jarlaxle —indicó Zeerith a Horrodissomoth, refiriéndose al jefe de esa fuerza a la sombra.

—¿Tengo que hacerlo? Jarlaxle es insoportable.

—Que es por lo que debes hacerlo. No quiero tener nada que ver con él —respondió la Matrona Zeerith, pero era una mentira, porque ella ya había tenido mucho que ver con el vividor llamado Jarlaxle.

Pero Horrodissomoth, su esposo, no tenía por qué saber eso.